

Firuláis: una novela verídica

Juan José Doñán

A Cristian Silva, por sus empeños para revalorar a Firuláis

Federico Ochoa fue un tapatío de excepción. Y no tanto porque haya sido una persona excéntrica, según el parecer de ciertos criterios ortodoxos o convencionales, sino porque se trató de alguien que poseía un talante y un talento fuera de lo común. Esa singularidad quedó demostrada desde sus primeros años, cuando quiso ser conocido por el apodo más común entre las mascotas caninas (*Firuláis*) antes que por el nombre que sus padres y padrinos le impusieron en la pila bautismal. Pero más allá de elecciones y preferencias onomásticas, estuvo en primer lugar su efervescente y asombrosa vida, la cual da para una extensa novela o para un largometraje, idea esta última que, por cierto, un productor y director cinematográfico (Adolfo Fernández Bustamante) ya tenía en mente pero que se acabó frustrando por la repentina muerte de dicho realizador.

Lo que sí inspiró *Firuláis* en el mundo de la ficción fue uno de los personajes de la comedia *Vacaciones*, de Rodolfo Usigli (el personaje en cuestión se llama El Hombre del Paraguas), y su vida colmada de peripecias de todo tipo fue el tema principal de una obra de teatro: *El señor perro*, de Margarita Urueta, cuyo título hace referencia precisamente al mote canino que Federico Ochoa eligió para sí mismo. Este interés literario o artístico por la vida de *Firuláis* no ha sido algo gratuito, pues sus sorprendentes andanzas, que no por extraordinarias fueron menos reales, no se quedan a la zaga de las aventuras más osadas de los ficticios Guzmán de Alfarache, Lázaro de Tormes (Lazarillo, para los de confianza), del británico Tristram Shandy, el chilango Pedro Sarmiento (alias *el Periquillo* ídem) o el michoacano Salvador Pérez Gaona (mejor conocido como *Pito Pérez*), entre otros personajes del género picaresco de España y México.

Tanto o más que las vidas imaginarias de estos últimos, la existencia real y verdadera de Federico Ochoa y Ochoa estuvo llena de peripecias de todo tipo, de lances insólitos y hasta temerarios, de esos en los que va de por medio la propia vida, así como de los cambios más radicales que la fortuna puede llegar a depararle a una persona. En los 81 años que le fue dado vivir, conoció lo mismo la abundancia más regalada que la pobreza

más extrema, esa que requiere del socorro de la más humilde y la menos ostentosa de las virtudes teologales: la Caridad (con mayúscula, por favor), para cuyo correcto ejercicio el evangelista establece un imperativo categórico: la chismosa y poco liberal mano izquierda del donante no ha de saber jamás de las bondades dispensadas por su diestra y generosa hermana. A lo largo de su vida, desempeñó los más diversos e impensados oficios, aun cuando cada vez que pudo colocó en un primer plano el ocio, el cual y contra lo que comúnmente se acepta, no tiene que ver tanto con el regodeo en la pereza sino con la alegría de vivir (la *joie de vivre*, que dirían los franceses) o, para decirlo mejor, con que el ocioso pueda dedicarse a cosas más satisfactoria y gratificantes: aquellas que de verdad hacen sentirse viva a una persona.

Y en lo relacionado con sus aficiones y gustos, muchos de estos parecían los de un *outsider* antes que los de quien había llegado al mundo envuelto en paños de seda y la cigüeña depositó en la punta de la pirámide social. De cuando en cuando tenía los arranques más inesperados, los cuales le granjeaban lo mismo el aplauso y la simpatía de muchos que la censura de otros, particularmente de algunos miembros de su propia familia o del círculo social al que pertenecía. Pero esta conducta extravagante --e incluso censurable, según el parecer de no pocos de sus allegados-- se correspondía a la perfección con una personalidad como la suya: la del eterno adolescente.

Sin embargo, ni siquiera en las situaciones más adversas o desesperadas llegó a perder su gracia ni su natural buen humor, atributos existenciales que una y otra vez no sólo le sirvieron para mantenerse a flote en las épocas de vacas flacas, sino para poder sobrellevar con no poca gallardía los reveses propios del oficio de vivir, especialmente cuando hay que digerir esos duros golpes que da la vida y de los que con tanta verdad como poesía habla el compañero César Vallejo. Pudo incluso enfrentar sus etapas más críticas y negras con una sonrisa en los labios, lo que también vino a salvarlo de penosos patetismos o de sentimientos autocompasivos. Y es que, afinado en su adolescencia permanente, *Firuláis* no pareció haber padecido jamás de gelotofobia (pánico a hacer el ridículo o temor a ser objeto de la burla de los demás). Tampoco fue el tipo perplejo o apocado ni el huraño introvertido y, menos aún, el espíritu pusilánime que busca resguardarse en burladeros existenciales, sino el bufón audaz, ocurrente, gracioso que, como el buen toro de lidia, sabe crecerse al castigo; el proteico y sorprendente histrión; el sabio que predica con el ejemplo

y que, entre otras verdades elementales, tiene como carta de presentación una de esas certezas existenciales irrefutables: sólo se vive una vez y lo demás es silencio como dijera el melancólico príncipe de Dinamarca: *the rest is silence*.

Aparte de la buena y variada iconografía que existe sobre su persona, el mejor retrato de Federico Ochoa es el que éste hizo de sí mismo en un simpático y por momentos también conmovedor relato autobiográfico: *La imagen de un hombre: memorias de "Firuláis"*, un libro escrito y publicado a mediados de los ochenta, es decir, ya en el último tramo de su vida, apenas dos años antes de hacer mutis en el gran teatro del mundo. No son pocas las cualidades de esta obra autobiográfica que, a varias décadas de la muerte de su autor, no ha conocido aún la gracia de la reedición. Lo primero que destaca de ese relato personal y por momentos confesional es lo ameno del mismo, escrito con una prosa liviana que con frecuencia raya en el tono de la conversación desenfadada.

No menos meritoria es esa patente voluntad de autoconfesión, de mostrar su vida sin ninguna clase de velos ni retoques --como no sean los afeites habituales del *clown* que, paradójicamente, se disfraza y maquilla para hablar con mayor libertad o franqueza-- pero despojado de excesos exhibicionistas y sin renunciar al buen gusto, tal y como corresponde a una persona fina y educada; en este caso a un caballero tapatío que, antes que otra cosa, se presenta tácitamente como hijo de la buena crianza. En *La imagen de un hombre...*, el varón que llegó a ser uno de los personajes más populares, agraciados y entrañables de la Guadalajara del siglo XX hace un verdadero ejercicio de sinceridad, sin ninguna pretensión edificante, lo que en este punto vendría a diferenciarlo del protagonista típico de la novela picaresca, en quien casi por regla general hay un resabio moralizante.

Pero además del excelente autorretrato que aparece en el libro en cuestión, habría que completar la fascinante "imagen" de *Firuláis* con el recuerdo de quienes lo trataron de cerca y aun conservan todo tipo de anécdotas, chanzas y ocurrencias suyas, e incluso con los no pocos folletos y hojas sueltas que mandó imprimir y con los cuales solía obsequiar, ya en la última etapa de su vida, a quienes se le acercaban para saludarlo y socorrerlo con alguna moneda. Con el solo anecdotario de *Firuláis* podrían llenarse varios capítulos. Se cuenta, por ejemplo, que en una ocasión, entre un corro de amigos, alguien llegó a poner en duda sus capacidades de mago y que aquel espíritu escéptico no tuvo que esperar mucho por la respuesta, pues el aludido le respondió a bote pronto: "¿Cómo no? ¿Se te hace poco

haber desaparecido tres fortunas”? (1) El notario tapatío Ramón Wonchee, quien lo trató en la tertulia del hotel Morales y sabiendo de su pasión desmedida por la fiesta brava, le pregunto por qué no había sido torero, a lo que el interpelado respondió: “Por cinco razones, hermano”, al tiempo que abría y cerraba los cinco dedos de la mano derecha, dando entender que por algo que no anda en burros: por miedo. El mismo Wonchee recuerda cómo *Firuláis* contaba el caso de un burrito que había comprado a un campesino que pasó con una pequeña recua de asnos por el barrio de San Juan de Dios, con el propósito de poder utilizar el joven pollino en alguno de sus números cómicos que presentaba en la vía pública. Pero como guardaba a tan singular *patiño* en el patio de la vecindad donde por entonces habitaba, muy cerca de donde tenía sembradas unas plantas de marihuana, especie vegetal a la que era particularmente afecto nuestro personaje, este descubrió un día cómo el jumento se había comido todas las plantitas. Y cuando alguien preguntó por la sintomatología del burro, luego de la ingesta del “cáñamo índico” (Ramón del Valle-Inclán *dixit*), la respuesta fue más que precisa: “¡Salió volando, hermano, salió volando!”. (2)

En cuanto a los folletos y hojas sueltas de *Firuláis*, este los solía repartir entre quienes se acercaban a él y lo socorrían con alguna moneda. Tal cosa ocurrió sobre todo en la última etapa de su vida, cuando el llamativo, mundano e ilustrado personaje tomo la decisión de instalarse en los concurridos portales del centro tapatío, donde acabó por convertirse en parte del paisaje urbano, en una curiosa atracción para chicos y grandes, con su atuendo y afeites de payaso; una atracción que, por cierto, saludaba muy educada, comedida y familiarmente a todo mundo (“¿Cómo estás, hermano?”) desde la desconcertante comodidad de su silla de ruedas. ¿Un payaso envejecido, alto, enjuto y desgarbado, con un lenguaje y unos modales que eran modelo de corrección y refinamiento, encaramado en un mueble que se asocia inevitablemente con la invalidez?

Vale decir que lo de la silla de ruedas no correspondía a ninguna discapacidad locomotriz, pues *Firuláis* siempre pudo caminar, aun cuando en sus años postreros lo hiciese con cierta cojera, a resultas de una fractura que sacó de su última incursión en los ruedos. Y es que, al responder a la petición del público que colmaba los tendidos de la desaparecida plaza de toros El Progreso, el torero que siempre llevó dentro, el eterno adolescente que se había quedado instalado en lo más hondo de su humanidad, en alguien

que para esas alturas biológicamente tenía una edad provecta, quiso complacer a sus muchos admiradores y celebrantes y, a la vez, darse el gusto de volver a vivir la emoción extrema (la adrenalina, se diría ahora) de estar *tête à tête* ante un toro de lidia, bicho que si bien era de regalo, contaba con el peso y la edad reglamentarios. No, lo de la silla de ruedas al parecer tenía otra explicación: la ventaja y la comodidad de poder llegar y retirarse de los muy concurridos portales del centro de Guadalajara, su último “lugar de trabajo”, rodando el mueble en que permanecía sentado la mayor parte del tiempo, sin tener que cargar con semejante estramancia --como ciertos tapatíos acostumbran llamar a cualquier cosa grande, estorbosa y poco agraciada--, con aquel artefacto al que un pomposo personaje de Molière (un autor al que, por cierto, *Firuláis* llegó a representar) le da un epíteto preciosamente ridículo: “la comodidad de la conversación”.

Primeras salidas al mundo

Nacido en 1907, en Tecalitlán, en la parte extrema del sur de Jalisco, donde su familia era propietaria de una próspera heredad agrícola y ganadera, especialmente famosa por su producción de azúcar (nada menos que la hacienda La Purísima, una de las más renombradas de esa zona mariachera y la cual contaba con una extensión de más de tres mil hectáreas), *Firuláis* fue el menor de tres hermanos: dos varones y una fémina, de los que sólo los más pequeños lograron traspasar la frontera infantil, pues el primogénito murió de meningitis. La muerte también se llevó al padre cuando nuestro personaje apenas contaba con tres años de edad, por lo que muy pronto la familia Ochoa y Ochoa quedó reducida a la madre (Elena), la hija (Elenita) y el futuro *Firuláis*, a quien la ruleta de la vida, que dijera el vate zacatecano, le asignó el papel de benjamín de los suyos. Al poco tiempo de sepultar al *pater* familia (también de nombre Federico) ocurrió la mudanza del campo a la ciudad, por lo que para los primeros años de la *revolutia* doña Elena ya se encontraba establecida en Guadalajara con sus dos retoños que le habían quedado, retoños que sólo de manera ocasional volvían por cortas temporadas al solar nativo, preferentemente en la época de las vacaciones escolares.

En una de esos viajes a *Teca*, los hermanitos Ochoa se libraron de morir y ello gracias a que un tren militar, que hacía la ruta Manzanillo-Guadalajara, impensadamente

los dejó abandonados en Ciudad Guzmán. ¡Ironías de la vida!, pues lo que en un primer momento fue lamentado como un caso de mala suerte acabó por convertirse en la mejor noticia que pudiera recibir la familia Ochoa y Ochoa. Resulta que el convoy abordado cerca de Tecalitlán y al que le venían fallando los frenos --motivo por el que tuvo que hacer una prolongada parada técnica en Ciudad Guzmán, con el fin de poder reparar el desperfecto--, se terminó descarrilando algunos kilómetros adelante, nada menos que en la famosa y también muy temida cuesta de Sayula, donde se precipitó a “a una barranca muy profunda”, (3) con el peor de los saldos posibles: la muerte de todos los pasajeros y de la tripulación entera.

Desde ese momento y hasta el último día de su existencia, *Firuláis*, quien con siete años de edad había vuelto a nacer en la cuesta de Sayula, se convirtió en un sobreviviente de todo, incluso de sí mismo.

Durante su caótica época escolar anduvo del tingo al tango, no sólo yendo de una ciudad a otra, sino de este continente a Europa y viceversa. Por algún tiempo permaneció en un colegio militar californiano (Los Ángeles Military Academy), de donde fue expulsado por indisciplina. Años más tarde llegó a estar convencido de que lo suyo realmente era la actuación y ello a pesar de no haber podido trasponer las puertas de los estudios cinematográficos de Hollywood, con todo y la recomendación que le había dado la ya por entonces muy influyente Dolores del Río, la diva mexicana que para fines de los años veinte triunfaba en la naciente fábrica de sueños y con la que nuestro personaje había trabado amistad durante su estancia en Europa. Fue precisamente el portazo recibido en Hollywood lo que lo hizo tomar la decisión de inscribirse en The American Academy of Dramatic Arts, la más renombrada escuela artes escénicas de Nueva York, antes de que Lee Strasberg y Elia Kazan abrieran, en 1946, The Actor's Studio. Pero tampoco en la escuela de histriones pudo hacer huesos viejos.

Varios años atrás, en Europa había pasado la última etapa de su adolescencia --la biológica, claro está, pues la otra, la relacionada con el carácter y la personalidad, lo acompañaría hasta el último día de su existencia. Durante un año fue alumno del Liceo Jackard, en Lausana, Suiza. Y en compañía de su madre y su hermana, recorrió otras ciudades europeas. En París, los Ochoa y Ochoa permanecieron varias semanas, trabando

amistad con la ya mencionada Dolores del Río y con la familia de ésta. Tanto así que luego harían juntos el viaje de regreso a México.

Una vez repatriado, en el consejo familiar surgió la pregunta ineludible de cuál sería el destino del varón de la casa o, como ahora se dice, por cuál iba a ser su proyecto de vida. La respuesta de doña Elena fue que “el hombre de la casa” debía prepararse bien para manejar el negocio de la familia, adquiriendo para ello la mejor preparación profesional. De este modo, por la época en que ya había aprendido a manejar automóviles, se asomó hasta Barton Rouge, Louisiana, a la famosa Universidad Audubon, en la que por disposición materna se disponía a estudiar, aunque no con mucho entusiasmo, la carrera de “químico azucarero”, con el propósito de aumentar el rendimiento de la hacienda familiar. Pero el caso fue que en la citada universidad ni siquiera pudo matricularse, pues luego de haber hecho un examen propedéutico, el cual resolvió con el científico método del “tin marín de do pingüé/ cucara macara/ títere fue”, escuchó, más complacido que apenado, el dictamen del rector del plantel: “Dígale a su mamá [...] que usted no tiene preparación ni vocación para estos estudios”. (4)

Altibajos existenciales

Luego de haber intentado la tauromaquia, afición que lo hizo morder el polvo en repetidas ocasiones y, consecuentemente, a levantar más risas que *oles*; de probar también sus aptitudes futbolísticas con sus amigos del Atlas, con el resultado de que parecía tener dos pies izquierdos, y de medir durante algún tiempo sus capacidades como administrador de los negocios familiares, también con muy escasa fortuna, *Firuláis* acabó decidiéndose por la actuación, pero ya no en Estados Unidos, sino en la ciudad de México, a donde se trasladó para, al poco tiempo, comenzar a trabajar bajo las órdenes de varios de los santones del teatro mexicano de la época: Rodolfo Usigli, Celestino Gorostiza y Seki Sano. Este último, quien había sido discípulo directo nada menos que de Konstantin Stanislavsky, apenas acababa de instalarse en nuestro país.

Dirigido por el primero de los mencionados, actuó en *La verdad sospechosa*, de Juan Ruiz de Alarcón, en un montaje realizado en 1939, con motivo del tercer centenario de la muerte del patriarca del teatro mexicano. Bajo el mando de Usigli actuó también en el estreno de *Vacaciones*, una comedia en la que su autor (el propio Usigli) había perfilado

uno de los personajes (El Hombre del Paraguas) a partir de los rasgos y el carácter del actor que lo encarnaría en el escenario por primera vez: nadie más que *Firuláis*, quien al preguntar al dramaturgo y director por las características de su personaje, a fin interpretarlo adecuadamente, obtuvo la siguiente respuesta: “Mire, Ochoa, El Hombre del Paraguas es usted mismo, así que preséntelo como a usted mejor le parezca y yo solamente le indicaré los movimientos”. (5)

Firuláis intervino igualmente en un singular proyecto ideado por Usigli y al que sus promotores e integrantes le dieron el nombre de Teatro de Medianoche, pues ante la escasez de escenarios que por esa época había en la capital del país, el grupo comenzó a presentar algunos de sus montajes un poco a deshoras, después de la última función del Cine-Teatro Rex, el cual, según el recuerdo de Juan José Arreola, era “un cine de postín”. (6) Y como esta trasnochada aventura teatral fuera muy bien recibida por el público capitalino, a los integrantes de la misma (María Douglas, Ernesto Alonso, Víctor Junco, Ignacio Retes y, entre otros jóvenes actores y actrices de entonces, dos paisanos de *Firuláis*: José Elías Moreno y Juan José Arreola) supusieron que esa misma buena recepción podrían tenerla también en otras ciudades del país.

No pasaron de Celaya y San Miguel Allende, pues fue tan escasa la asistencia del público, particularmente en la última plaza, que sus reservas económicas no les ajustaron ni para cubrir la cuenta del hotel, por lo que el dueño del establecimiento decidió retener, en prenda, a la *troupe* capitalina. Según *Firuláis*, para salir de semejante apuro y poder rescatar a sus compañeros que se habían quedado empeñados, “Juan José Arreola, acompañado de un grupo, fue con José Mojica [este otro jalisciense, que durante los años veinte y treinta, había hecho una notable carrera en los Estados Unidos como primer tenor de la Ópera de Chicago y luego en Hollywood como actor, solía pasar sus temporadas de vacaciones en la referida ciudad guanajuatense, donde tenía una casa de descanso] a que nos diera una ‘manita’ y nos sacara del ‘atolladero’, lo cual hizo gustoso”. (7) En el recuerdo de Arreola se corrobora este mismo suceso, sólo que con una variante: no habría sido en San Miguel, sino en Celaya, donde Usigli y su grupo de actores no podían “salir de aquel hotel carcelario. Por fin nos recataron dos paisanos míos: el torero Pepe Ortiz y el actor José Mojica. En San Miguel de Allende dimos una representación bajo su sombra, saldamos la cuenta de Celaya y llegamos a México para contarlo”. (8)

Con Seki Sano --nacido en China pero criado y educado en Japón y quien llegó a México en 1939, año en que su país de residencia (Japón) entró a la Segunda Guerra Mundial--, *Firuláis* consigna haber trabajado en *Esperando al Zurdo*, de Clifford Odettes. Y bajo la dirección de Celestino Gorostiza, actuó en *Ser y no ser*, obra de la autoría del propio director, quien habría quedado tan complacido por el resultado escénico, especialmente con el desempeño del actor tapatío, que no escatimó elogios para éste: “Señor Ochoa, está usted hecho un actorazo”. (9)

Pero cuando parecía que *Firuláis* había encontrado su verdadera vocación y hasta comenzaba a darle forma a un proyecto de vida, afincado en los escenarios, inopinadamente se alejó del teatro. Por algún tiempo estuvo de regreso en Guadalajara, donde entre otras cosas anduvo cortejando a una tapatía de nombre Ana María, quien en su círculo parientes y amigos era conocida cariñosamente *Niní* y, a la par, algunos de sus celebrantes --entre ellos, el propio *Firuláis*-- apodaban *Greta sin Garbo*, por su parecido, aunque de seguro no del todo cabal, con la diva nórdica que había sentado sus reales en Hollywood. A lo que parece, la fémina en cuestión no vio un mal partido en el siempre ocurrente Romeo de Tecalitlán, quien en un festival taurino, celebrado en la desaparecida plaza de El Progreso, se quiso lucir ante su Julieta y, al momento de tirarse a matar, hasta le brindó el toro que había lidiado con series de verónicas y muletazos, que recibieron el aplauso de una parte de la concurrencia. Y aunque también se granjeó algunas risas del respetable (“bueno, siquiera se están divirtiendo”, pensó con optimismo), pues antes de estoquear al burel éste lo hizo morder el polvo, acabó siendo premiado con una oreja.

Para poder tomarlo en serio y corresponder a sus galanteos, *Niní* le puso una dura y contrariante condición, que durante varios días trajo meditabundo al muy promisorio actor: dejar precisamente la actuación, volver al terruño, sentar cabeza y a hacerse cargo de los negocios de familiares. Luego de haberle dado vueltas al asunto, *Firuláis* resolvió que el amor condicionado era algo que en definitiva no iba con su personalidad. Con esta convicción, optó por poner tierra de por medio tanto de la desgarbada *Greta* tapatía como de su propio terruño.

El mal de amores se lo fue a curar al famoso Casino de la Selva, en Cuernavaca, Morelos, donde personalmente pudo comprobar como cosa cierta el viejo apotegma tanto de enamorados como de jugadores: desafortunado en el amor, afortunado en el juego y

viceversa. En cosa de pocas horas se hizo de una fortuna nada pequeña. Este inesperado y venturoso acontecimiento comenzó a celebrarlo de inmediato, al estilo de su tierra: con tequila y con un mariachi. En ésas estaba cuando se le acercó una guapa y desconocida fémica, la cual le comenzó a coquetear e incluso a gastarle más de alguna broma atrevida. Una de ellas consistió en arrebatarle de improviso el producto de su ganancia: el cheque de muchos ceros con el que el casino había saldado su deuda con el osado jugador tapatío. Como respuesta y luego de la obligada presentación recíproca (ella se llamaba Rita y él, Federico, pero podía llamarle *Firuláis*), el eufórico celebrante le hizo una propuesta excéntrica: ver el amanecer del día siguiente en Acapulco. La dama en cuestión, quien creía que aquello era sólo una broma del alegre bebedor que acababa de ganar en el juego, decidió seguirle la corriente y dijo que cómo no, que aceptaba la invitación.

Pero cuando la tal Rita se descubrió en plena carretera, instalada en un amplísimo *Cadillac* --tan amplio que los músicos del mariachi cabían en el asiento trasero--, dijo que por lo pronto no quería ver la alborada acapulqueña, sino volver a casa, para lo cual trató de convencer a su celebrante, ensayando todo tipo de argumentos, entre ellos uno que calculaba sería rotundo: de enterarse el padre de ella, uno alto e influyente funcionario del gobierno federal, que su retoño había pasado la noche con un fulano, obligaría a éste a que se casara con la niña trasnochadora. Pero lejos de arredrarse ante la amenaza matrimonial, *Firuláis* instruyó a Pancho, su chofer, para que continuara rumbo a Acapulco y, seguidamente, le dio una respuesta a Rita que acabó dejándola sin argumentos: “Le voy a ahorrar esa molestia [a tú papá]; llegando a Iguala nos casamos”. (10)

En efecto, ahí unieron legalmente sus vidas y Pancho el chofer y los integrantes del mariachi fungieron como testigos. En seguida, telegrafieron a la familia de ella para ponerla al tanto del insólito matrimonio. De regreso a la ciudad de México, al pasar por Cuernavaca dejaron a los filarmónicos que se habían encargado de confeccionar el *soundtrack* de aquella lunática aventura de la pareja que había formalizado su compromiso ante el juez, luego de un noviazgo de unas cuantas horas. Pero, a diferencia del cliché de los cuentos de hadas, Rita y *Firuláis* no vivieron felices y contentos por muchos años, pues a las pocas semanas vinieron los problemas, en unos cuantos meses la separación y después el divorcio definitivo.

Luego de este capítulo de su vida, que acabó provocándole mala conciencia por haber estropeado, según creyó él, la vida de Rita y la suya propia, el flamante divorciado se embarcó en un tobogán autodestructivo, lleno de remordimientos, asedia, desinterés por las cosas del mundo, alcohol y otros paraísos artificiales, una combinación que, en un par de ocasiones, lo tuvo muy cerca de la tumba.

Apenas convalecía de esta crisis existencial cuando sobrevino la muerte de su progenitora. Pero junto con el nuevo golpe emocional, recibió asimismo la mitad de los bienes de doña Elena, en el entendido de que la parte restante era para su hermana Elenita. El legado materno consistía, desde luego, en una suma de bastante consideración como lo testimonia el propio *Firuláis*, al hacer el recuerdo de la autora de sus días: “me dejó una buena herencia”. (11) Sin embargo, no tardó mucho en dilapidar también aquellos “centavitos”, por lo que una mañana se descubrió en la inopia o en la “brujería” como él mismo dice en sus memorias.

Ante aquel radical cambio de la fortuna, tuvo que desempeñar los más diversos oficios. Todos ellos, transitorios y ocasionales. Entre otras cosas, fue chofer de una de las familias más finolis de la ciudad de México, animador de fiestas infantiles y mesero en la misma capital del país. De regreso a Guadalajara, fue cantinero en “el hotel que en un tiempo fue propiedad de mi familia. [...] Donde una vez fui patrón, ahora era el *gato*”. (12) Pero ahí, en el bar del hotel Fénix, no sólo tuvo el gusto de reencontrarse y de atender a sus *cuates* (entre éstos recuerda a “José Martínez Alatorre *el Puses* y su hermano Jorge *el Chani*, Enrique González *el Catrín*, Meme Fernández del Valle, Memo L. Corcuera, Álvaro Matute *la Madre* y Pepe Casillas, mi sobrino, entre otros; pura gente de aúpa”), sino que no pudo resistir las ganas de brindar con tan alegre palomilla y, al ser descubierta por el gerente del hotel, fue despedido de inmediato.

Pero tampoco se le cerró el mundo. Después de ser relevado como barman, comenzó a ofrecer sus servicios lo mismo como gritón de carpa que como mago callejero, animador ocasional de fiestas infantiles y voceador de ofertas en la tienda de ropa Cadena, donde recitaba versos de su propia autoría, ideados para la ocasión (“¡Pase caballero,/ aquí ahorra dinero!”, “La tela que usted necesita,/ la tenemos, señorita”), y también como *clown* de plazas públicas, lo que terminó provocando la desaprobación de su parentela y hasta de sus vecinos, entre ellos una quisquillosa señora que, sorprendida al verlo con afeites y

atuendo de payaso, lo atajó diciéndole: “¿Pero cómo es posible que todo un señor Ochoa ande así, de payaso, por la calle?”. A ello, el pragmático, empobrecido y probablemente hambriento *Firuláis* respondió, con toda propiedad: “Mire, señora, el apellido no me va a dar de comer, así que a ver cómo le hago; con su permiso”. (13)

Pero, de súbito, su suerte cambió de nueva cuenta. En 1955, en una de las visitas que el gran pintor tapatío Roberto Montenegro solía hacer a su tierra natal, pues desde muy joven se había vecindado en la ciudad de México, se topó con su paisano y viejo amigo *Firuláis*, en el momento en que éste hacía su *show* callejero, para entretener a paseantes y curiosos que deambulaban por la plaza de Las Sombrillas (enfrente del edificio Lutecia y de la actual biblioteca Iberoamericana). Luego de los efusivos saludos, Montenegro dijo traerle muy buenas noticias:

Qué bueno que te encontré; fijate que hace unos días, allá en el D. F., estábamos tomando la copa un grupo de amigos y se empezó a hablar de ti; que habías derrochado tu fortuna y que en vez de sentirte derrotado, te pintaste la cara de payaso, te saliste a la calle y haces feliz a la gente. Y entre el grupo estaba *el Güero* [Adolfo] Fernández Bustamante, que es director de cine y quedó asombrado y quiere conocerte con el propósito de filmar la historia de tu vida. (14)

A los pocos días, en efecto, *Firuláis* ya estaba otra vez en la ciudad de México, donde se presentó ante el mencionado realizador cinematográfico, que por entonces fungía también como Jefe de Espectáculos del Distrito Federal y quien fue directamente al grano con el asunto que quería tratar con nuestro personaje:

Señor Ochoa, he oído mucho acerca de usted y su vida me parece muy interesante. Si a usted le parece bien, me gustaría llevarla a la pantalla y con usted como protagonista. Solamente quiero advertirle que como usted no tiene “[re]nombre” artístico, los productores no estarían dispuestos a aportar grandes cantidades de dinero donde la “estrella” no era tal; pero le prometo una cosa, constantemente estoy dirigiendo películas y desde ahorita le ofrezco yo un papel en cada una de ellas. Al principio serán papeles cortos y después crecerán en importancia; y si usted

tiene “madera” de estrella, filmaremos la historia de su vida con bombo y platillo. Dentro de quince días empiezo a dirigir *Pensión de artistas* y hay un papel adecuado para usted: el gritón de una carpa. Le recomiendo que se haga socio de la Asociación Nacional de Actores [ANDA] y espere [a] que le llamemos. (15)

Pero el debut cinematográfico de *Firuláis*, en el que éste alternó con Pedro Vargas, Prudencia Grifell, Óscar Pulido, Sonia Furió y, entre otros actores y actrices, con su paisana María Victoria, fue también su despedida de esta industria. A causa de la muerte repentina de su promotor, no sólo se esfumó el proyecto de ver filmada su azarosa vida, sino que súbitamente se volvió a quedar sin chamba. Y ello porque en 1957, un año después de haber filmado *Pensión de artistas*, un infarto acabó con la vida de Fernández Bustamente y *Firuláis* no tuvo más remedio que volver a azotar las calles con sus gracejadas de *clown* y sus trucos de mago de plazuela.

Mientras realizaba este oficio en la Alameda Central, una dama que escribía para el semanario *Mañana* (Margarita Leyzoaga) descubrió a aquel singular y desconcertante varón que chambeaba de payaso, a pesar de que su aspecto y su condición delataban otra cosa. La periodista constató que, aparte de pertenecer a la burguesía de Jalisco, se trataba de un caballero bien parecido, muy propio y educado, de modales correctísimos, con un lenguaje pulido y nada afectado. Y no obstante lo anterior, aquel hombre vivía de las propinas que le obsequiaban los viandantes. Con tan heterogénea mezcla, pudo confeccionar un reportaje sobre él. A esta publicación, que fue ilustrada profusamente con buenas tomas fotográficas, siguieron otras semblanzas en la prensa, incluida una nota que, según *Firuláis*, apareció nada menos que en *The New York Times*. Todo ello atrajo, durante algún tiempo, la atención del público sobre su persona.

Sin embargo, esta buena racha en los medios fue transitoria y no se tradujo en una reincorporación a la farándula, fuera de algunas breves y efímeras apariciones en un medio que por ese entonces aún se hallaba en pañales en México: la televisión. Debido a ello, tuvo que seguir correteando la chuleta en la Alameda Central, donde de vez en vez conseguía ser contratado para animar alguna fiesta infantil.

A la Alameda fue a buscarlo también otra dama de la elite intelectual, interesada en el personaje y en su vida: la escritora Margarita Urueta, quien pertenecía a una de las

familias más ilustres e ilustradas de nuestro país: su hermana Cordelia era una connotada pintora; tenía también un hermano varón no menos célebre, Chano, reconocido director cinematográfico, y el padre de todos ellos había sido, nada menos, que don Jesús Urueta, insigne intelectual maderista y también un destacado diplomático que ocupó la cancillería mexicana durante la presidencia de Venustiano Carranza.

Margarita, que era la menor entre sus hermanos, se hizo de un nombre propio como escritora de novelas y cuentos, de guiones para cine y televisión (*La familia Bellavista* y *Aprender a vivir*, dos de las primeras telenovelas mexicanas, fueron hechas a partir de historias suyas), pero sobre todo de obras teatrales, tanto en su vertiente infantil como de adultos, varias de las cuales estrenó en el teatro que era de su propiedad, inaugurado en 1961 y al que le puso el nombre de su progenitor. (16) El caso fue que durante varias tardes la escritora invitó a su casa de Coyoacán a *Firuláis*, y a partir de la serie de conversaciones que sostuvo con él, escribió la obra teatral *El señor perro*, en alusión al mote de nuestro personaje.

La idea inicial era que la obra pudiera ser representada en el escenario por el mismo *Firuláis*. No obstante, a la hora de la verdad --tal “hora” se ubica en 1963-- , ya fuese porque Urueta cambiara de parecer, o porque surgiera la idea de tener un actor más conocido y de mayor renombre, lo cierto es que el entonces jovencísimo Alejandro Jodorovsky, que acaba de establecerse en México, a donde había llegado acompañando al gran mimo francés Marcel Marceau, dirigió a Carlos Ancira en el papel inspirado en los altibajos existenciales de nuestro verídico personaje, quien por segunda ocasión veía frustrada la posibilidad de interpretarse a sí mismo.

Años postreros de un espíritu gitano

Este nuevo revés de la fortuna lo hizo tomar las de Villadiego, empujándolo a buscar la querencia y a volver al terruño, donde se radicaría hasta sus últimos días. Este regreso a la patria chica, más glorioso ciertamente que el retorno maléfico del poeta o la inadvertida llegada de *Pito* Pérez a su natal Santa Clara del Cobre, ocurrió hacia mediados de los sesenta, cuando la optimista de Guadalajara --la de los grandes triunfos deportivos, empresariales, religiosos y hasta faranduleros-- recién acababa de redondear el millón de tapatíos. Esta vez, al habitual autoempleo diurno de *clown* callejero y de ocasional

animador de fiestas infantiles, se vino a añadir una buena chamba nocturna, desde el momento en que fue contratado por el dueño del Impala (“Ladies-Bar” localizado en “Av. Corona No. 193, frente al Hotel Fénix”), empresario que comenzó a promover a su singular estrella hasta con desplegados cotidianos en la prensa, mediante un inserto gráfico que anunciaba: “todas las noches a la 9.30 P. M., menos los lunes” *Firuláis* se presentaba en una doble modalidad: como “payaso mágico” y como “rey del *strip-tease*”. No obstante esto último y también la imaginativa ilustración (una fotografía de cuerpo entero, en postura de semiperfil, de un sonriente *Firuláis*, con los pantalones caídos hasta los tobillos y cubriendo la parte meridiana su desnudez con un paraguas desplegado), paradójicamente el inserto periodístico era rematado con una leyenda que remarcaba el carácter familiar del espectáculo: “Caballeros solamente acompañados de Damas. Absoluta Moralidad. Nos reservamos el Derecho de Admisión”. (17)

No pasó mucho tiempo antes de que un productor y conductor de televisión solicitara también sus servicios: Nadím Alí Modad, que ya para entonces estaba a cargo de un programa en el Canal 6, televisora orgullosamente tapatía, regentada por un grupo de empresarios de la localidad y la cual hacía sus transmisiones en señal abierta. Alí Modad invitó a *Firuláis* “a tomar parte en calidad de cómico, en su programa de TV denominado *Suerte te da el Seis*”. (18) De inmediato, esa participación fue mucho más celebrada de lo previsto, tanto así que muy pronto nuestro personaje comenzó a adquirir una creciente fama local y regional, lo que entre otras cosas le impedía pasar inadvertido en la calle y en toda clase de sitios públicos donde se presentaba.

Así sucedió la tarde del 12 de octubre de 1967, en ocasión de un festival taurino que se ofrecía por el Día de la Raza en la antigua plaza de El Progreso. Ya casi al final del festejo, al momento en que se hizo el anuncio de que había un toro de regalo para ser lidiado por algún valiente del público que quisiera calmar sus ansias de novillero, muchos aficionados que habían reparado en la presencia de *Firuláis* comenzaron a corear su nombre, por lo que el aludido, ya no tan ansioso novillero, pues cargaba con 60 años a cuestas, se sintió en la obligación de complacer a la alborozada multitud. Se puso de pie, fue ovacionado por su arrojo cuando decidió bajar al redondel, donde, muleta en mano, citó al astado y luego de “dibujarle un socorrido pase por alto [...] ¡volé por los aires!”. (19) Cuando aún estaba en la arena, aturdido por la caída, el toro volvió a hacer por él,

propinándole un pisotón de muy serias consecuencias: fractura expuesta en el tobillo izquierdo.

Tres largas semanas permaneció hospitalizado en el México-Americano, donde dice haber gozado de los mimos y chiqueos de la tripulación de médicos, enfermeras y hasta del personal de intendencia y de cocina, pues una de las afanadoras solía llevarle doble ración de postre. Su paso por el nosocomio, de donde salió tan repuesto que sencillamente ya no le cerraban los pantalones, le sirvió también, según su propio dicho, para entender aquello de que tiene más el rico cuando empobrece que el pobre cuando enriquece. Y ello porque la elevada cuenta del hospital (9,500 pesos, cuando el litro de leche acababa de subir a 1.20, según pregonaba una canción de la época: “Llegó el lechero,/ llegó cantando./ --¿A cómo el litro?/ --A uno veinte”) fue liquidada por su parentela: “la Ochoayada” o “los Ochoa de toda la vida”, que entre la “gente conocida” de Guadalajara era una copiosa prole, la cual por entonces reconocía unánimemente como “jerarca de la familia” a la señora Ana Beatriz Ochoa M. , quien, por esa misma condición de matriarca, fue la encargada de recabar entre los suyos el dinero para pagar la curación y las atenciones hospitalarias de *Firuláis*.

Aun no acaba de convalecer cuando ya estaba de nueva cuenta en las calles, animando fiestas infantiles y derrochando buen humor entre sus cuates, con quienes se veía en distintos sitios, entre ellos el bar y la cafetería del hotel Morales, donde se daba cita la familia taurina tapatía y en donde recalaban también los matadores que venían a torear a Guadalajara. En el Morales, donde no es difícil imaginarlo como el centro de atención y la alegría de aquellas tertulias, conoció a una chica que trabajaba haciéndoles el *manucure* a los parroquianos que iban a la peluquería del hotel. Todo mundo la llamaba afectuosamente Paquita y con esta Paquita hizo *¡clic!* de inmediato y muy pronto la amistad devino noviazgo y luego matrimonio, del cual nació una hija: “Mónica María Ochoa Vázquez, a sus órdenes”. Sin embargo, una enfermedad hepática acabó a los pocos años con Paquita, dejando a *Firuláis* en la viudez y a la *Firulaisita* en la orfandad.

Pero como la comedia de la vida debía continuar y nuestro vital *clown* tenía otra boca que mantener, retomó con mayor enjundia sus arreos de payaso, los cuales ya no dejaría nunca, tanto que partió al otro mundo sin más galas que su cómico atuendo y un capote de torero. A las fiestas infantiles que debía animar iba, según su propio recuerdo, con “mi brazal negro al brazo, en señal de luto, acompañado de mi hija”. (20)

Antes de dar su última vuelta al ruedo de la vida, todavía tuvo oportunidad de demorarse durante algunos años en una Guadalajara que cada vez se volvía más ruidosa y desmemoriada y tan distinta a la de su ya lejana juventud. Para escándalo de sus parientes y amigos, en esa ciudad vocinglera, de fines de los setenta y comienzos de la década siguiente, decidió dedicarse “a pedir caridad en la calle”. Ya fuera por querer expiar culpas añejas o recientes, venciendo vanidades con la religiosa disciplina del humilde que pide caridad, o ya porque al hacerlo sintiera que de verdad “¡estaba en mi elemento!”, o por ambas cosas, lo cierto es que acabó por instalarse, un día sí y otro también, en los concurridos portales de su ciudad, donde todo parecía (un *socialité* entre la multitud, o un excéntrico personaje salido de una carnaval) menos el típico pedigüeño.

Con sus afeites y atuendo de payaso, con su refinada educación y su mundanidad, con su simpatía y su don de gentes, con sus bromas y chanzas, en poco tiempo acabó por convertirse en una más de las atracciones del centro tapatío, donde trataba de derrochar gracia y, con su agilidad mental, establecía conversaciones al vuelo, saludaba a viandantes, hacía cuchufletas a los niños, repartía impresos de su autoría entre adultos que la daban alguna moneda... Y todo ello, desde su silla de ruedas, un trono rodante para aquel dignísimo indigente que fatigó el mundo y que en otras épocas había sido, ¡nada menos!, que don Federico Ochoa y Ochoa; en épocas (¿mejores?, ¿aparentemente mejores?, ¿distintas?) en las que todo parecía sonreírle o, como lo consigna el poeta, “cuando la vida dice aún: soy tuya,/ aunque sepamos bien que nos traiciona”. (21)

Federico Ochoa fue una persona con sobradas aptitudes para muchas cosas, y si no llegó a sobresalir profesional y debidamente en ninguna de ellas, no fue por falta de aptitudes sino porque era en esencia un espíritu disperso, movido por un talante y un talento gitanos; alguien muy poco dado a la disciplina, a la constancia, a la autoexigencia y similares; alguien a quien la vida distrajo demasiado. Y es que para una persona como él, con tan sobrada capacidad para la molicie, para la disipación, para las cosas que se conciben y se hacen en el momento o no se realizan jamás, era un carácter que dependía sobre todo de la espontaneidad y la inspiración antes que del esfuerzo y la perseverancia. Por ello, la idea de concebir a largo plazo un proyecto de vida, o forjarse un provenir, ejerciendo una carrera, ya fuese la de torero, hombre de negocios, escritor o gente de la farándula, era algo que en definitiva no iba con su personalidad. ¿Qué clase de

personalidad? La de quien no nació para ser un individuo adocenado, sujeto a las convenciones y pendiente de lo que dicten o decidan los demás, sobre todo si esos “demás” no le inspiraban mayor respeto. Y es que si en el México del siglo XX hubo un espíritu soberanamente libre, que con su vida demostrara que no hay una sola forma de ser y estar en el mundo, ese espíritu soberano fue el de un tapatío llamado Federico Ochoa y Ochoa, mejor conocido por propios y extraños con el escueto mote de *Firuláis*.

1. Carlos Enrigue, *Loc. cit.*
2. Ramón Wonchee, *Loc. cit.*
3. Federico Ochoa, *La imagen de un hombre: memorias de Firuláis* (sin el crédito del autor), Talleres Gráficos Jalisco, Guadalajara, 1986, p. 10.
4. *Ibid.*, p. 26.
5. *Ibid.*, p. 33.
6. Fernando del Paso, *Memoria y olvido: vida de Juan José Arreola (1920-1947)*, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1994, p. 108.
7. Federico Ochoa, *ibid.*, p. 34
8. Fernando del Paso, *ibid.*
9. Federico Ochoa, *ibid.*, p. 48.
10. *Ibid.*, p. 58.
11. *Ibid.*, p. 59.
12. *Ibid.*, p. 60.
13. *Ibid.*, p. 63.
14. *Ibid.*, p. 64.
15. *Íbid.*
16. Marta Villaseñor de Camarena, “Margarita Urueta, el recuento de su obra”, en *Teatro*, Margarita Urueta, Miguel Ángel Porrúa, México, 1992, o. XVI.
17. Varios autores, *Firuláis (fragmentos selectos de la historia reciente de Guadalajara)*, Ayuntamiento de Guadalajara, Guadalajara, Jal., 2009, p. 25.
18. Federico Ochoa, *ibid.*, p. 69.
19. *Ibid.*, p. 70.
20. *Ibid.*, p. 84.

21. Manuel Gutiérrez Nájera, "Para entonces", *Poesías completas*, t. II, Porrúa, México, 1978, p. 109.